

satisfacer sus ambiciones de simios! En medio de las aventuras novelescas, irrumpe el periodista cáustico.

El estilo de Edwards Bello es despreocupado; sus frases espontáneas y sus figuras gráficas dan la sensación del gran señor que relata en forma subyugante lo que vió en sus andanzas por los caminos de la vida. Hay en su prosa ese descuido barojiano que da al relato extraordinario poder de atracción sujetando al lector como con una cuerda invisible. Así sus personajes cuando dialogan, así en las descripciones.

Ese colorido de su estilo, esa frescura de su prosa, llana como la de un conversador ameno, hacen que nos hayamos trasladado a París y nos encontremos viviendo toda aquella vida liviana y bohemía que fué la aspiración de nuestra primera juventud en sus sueños sentimentales. Como buenos criollos.

Podrá decirse que la técnica novelesca de Edwards Bello es la del realismo declinante, de que su estilo no ha sido lo suficientemente retocado, de que es pobre la psicología de sus personajes y de que a la morosidad de las novelas psicoanalistas ha opuesto la nerviosidad de los relatos de aventuras. lo cierto es que leemos esta novela con interés, que nos encariñamos con sus personajes, que estamos preocupados de su suerte. Y esto quiere decir que esta es una novela, una verdadera novela, para toda clase de lectores. Su arte no es aristocrático ni menos aristo-

cratizante. Su emoción es sincera y espontánea y vibrante en expresión como fiel trasunto de su espíritu.—*Milton Rossel.*

ENSAYOS

EL ALMA DEL NIÑO PROLETARIO, por *Otto Rühle.*

El niño es un material que innumerables manos se disputan. Algunos individuos quieren hacer con él un ser religioso, otros un ser moral; algunos un ser civil y democrático, otros un ser aristocrático; algunos un ser científico, y otros, finalmente, un ser comunista, un elemento de la lucha de clases. Los padres quieren que sus hijos sean como él es o como él ha sido; el maestro, por su parte, sea pequeño-burgués o comunista, desearía dar al niño una fisonomía espiritual, de acuerdo con sus ideas, convertirlo en un ente que contribuya a engrandecer, en el futuro y gracias a su obra, la doctrina de que está animado. Y el niño, situado en medio de todos los energúmenos que pretenden apoderarse de él para convertirlo en esto o en lo otro; el niño, que no tiene opinión ni está organizado, que no puede resistirse; el niño, a quien no interesa, en realidad, nada de lo que interesa a los adultos; el niño, que sólo quisiera jugar, no pasar hambres y andar calentito; el niño, decimos, ese ser maravilloso, a quien le basta un poco de cuidado y de amor para ser feliz, llega, de esta manera, a convertirse en la víctima de todos los que se creen con derecho para formarlo y organizarlo.

¡Triste papel! Papel que parece está condenado a representar siempre en la humanidad. En uno de sus libros, Panait Istrati dice que sólo creará en una revolución social hecha por los niños, bajo el signo de los niños. Esto no sucederá nunca, desgraciadamente, como no sucederá nunca el que un niño diga un día lo que piensa sobre lo que los hombres se proponen respecto a él. «Dejadme en paz, diría; yo sólo quiero comer, dormir y jugar; si la sociedad está mal hecha, arregladla vosotros y no me metáis en lo que sólo a vosotros corresponde. No nos llenéis el alma, desde la infancia, de fanatismo. Respetad mi personalidad...

Eso diría, tal vez. Pero no lo dirá o dejará de ser niño.

Sin embargo, y hablando del presente libro, (1) que casi hemos olvidado, Otto Rühle, a pesar de su tendencia social ostensiblemente exagerada, y dejando a un lado las diferencias que hace de los niños burgueses y niños proletarios, encara bien la psicología infantil, estudia los gérmenes de que harán de un niño un hombre que padecerá complejo de inferioridad mental o fisiológica, esos gérmenes que aparecen tanto en un niño burgués como en un niño proletario, ya que su aparición no depende de su situación social sino de causas que nada tienen que ver con las clases sociales.

La curación de esos males es una cuestión que no se ha dilucidado todavía y que no se dilucidará así como así. Casi podríamos decir que

no se dilucidará jamás, a menos que los niños nazcan con una mentalidad hecha de antemano, prenatal, y con una constitución fisiológica impecable, cosa que puede estar muy bien en «Volviendo a Matusalén» de B. Shaw, pero que en la realidad es imposible.

Como contribución al estudio de la psicología infantil, el libro de Rühle está muy bien; como obra tendenciosa, está muy mal. Dice él:

No cultivamos la ciencia por la ciencia, ni mucho menos por afición o deportismo; antes bien, ponemos todo conocimiento científico al servicio inmediato de la lucha de clases.

Esto invalida su libro por el lado pedagógico. Para salvar al niño, para educar al niño, para hacer de él lo que todos los hombres de buena voluntad sueñan, es menester acercarse a ese material puro, con las manos y la mente puras también. De otra manera, daremos al niño todos nuestros defectos y fanatismos, sean éstos comunistas, religiosos o democráticos.—*Manuel Rojas*.

POESIA

AFÁN DEL CORAZÓN, por *Angel Cruchaga Santa María*.

Si la cualidad máxima que puede tener un escritor es la personalidad—unida, claro está, al dominio de la forma y a la originalidad de visión—pocos poetas han alcanzado en Chile la grandeza de Cruchaga Santa María.

(1) Editorial «Orbe». Santiago de Chile, 1933.